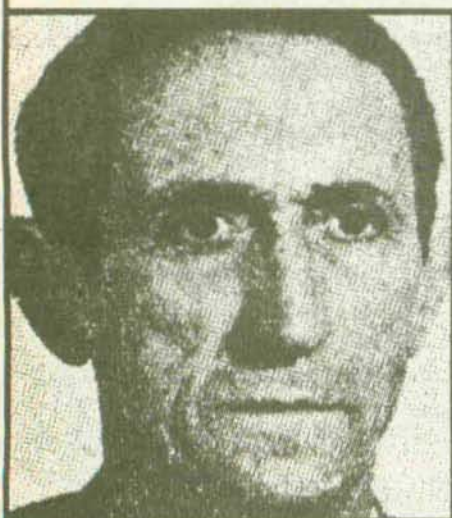
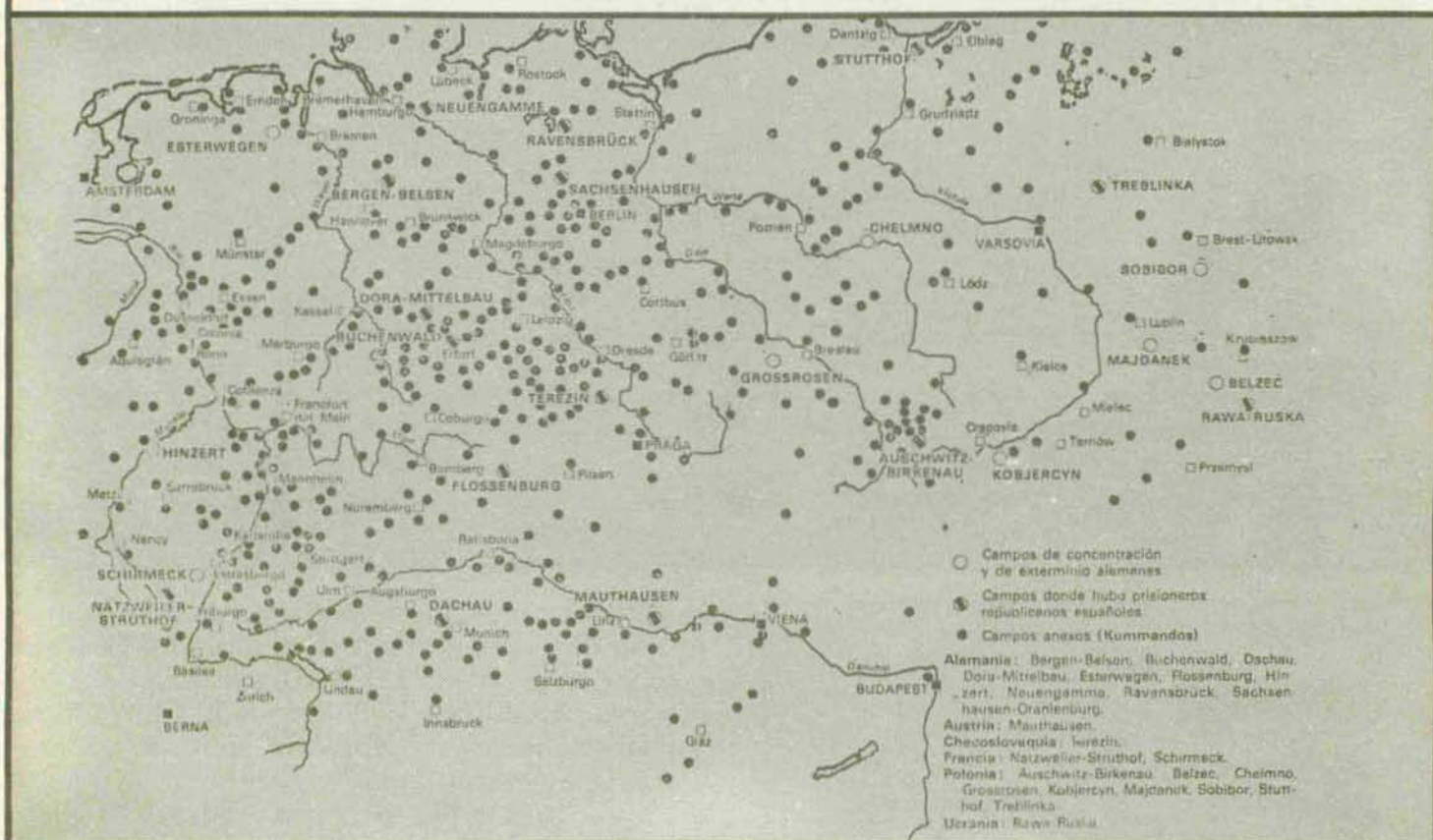


Republicanos españoles en los campos de exterminio nazis

Eduardo Pons Prades



Vicente Moriones, superviviente del campo de Buchenwald.



Eulogio Díaz Tendero, teniente coronel del Ejército español, asesinado con una inyección de fenol en el campo de Mauthausen.



Francisco Gálvez Arias, teniente del Cuerpo de Carabineros. Fue gaseado en el campo de Gusen I.



Capitán de la Guardia Civil. Superviviente del campo de Bergen-Belsen.



El escritor Jorge Semprún, superviviente del campo de Buchenwald.



Tomás Martín Pascual, teniente de navío, superviviente del campo de Mauthausen.

PARA ELAMENTE al acontecer histórico que discurría por tierras ibéricas, y como consecuencia de nuestra guerra, por muchos países extranjeros —aunque algunos, como los iberoamericanos, podían ser considerados como una prolongación del suelo natal— se desarrollaba otra historia, española por los cuatro costados: la de los republicanos españoles que se habían exiliado, masivamente, en 1939. Tres fueron las facetas más representativas de aquel exilio: la laboral, la cultural y la militar. De las dos primeras, un universitario-escritor español, ha hecho una excelente recopilación (1). Sobre la militar existe otro libro que ofrece un amplio muestreo de las actividades bélicas, en el seno de los Ejércitos Aliados (1939-1945), de varios miles de republicanos españoles (2). Faltaba —al lado de la estupenda obra de una escritora catalana (3)— esta panorámica literaria de lo que fue la existencia de miles de compatriotas nuestros en los campos de exterminio nazis de Alemania, Austria, Checoslovaquia, Francia y Polonia (4).

(1) «El exilio español de 1939». Obra dirigida por José Luis Abellán. Taurus Ediciones (Tomos I, II, III, IV) Madrid, 1976 y 1977.

(2) «Republicanos españoles en la Segunda Guerra mundial». Eduardo Pons Prades. Editorial Planeta, Barcelona, 1975.

(3) «Els catalans als camps nazis». Montserrat Roig. Ediciones 62, Barcelona, 1977.

(4) «Los cerdos del comandante» Españoles en los campos de exterminio nazis. Eduardo Pons Prades y Mariano Constante. Editorial Argos-Vergara, Barcelona, 1978.



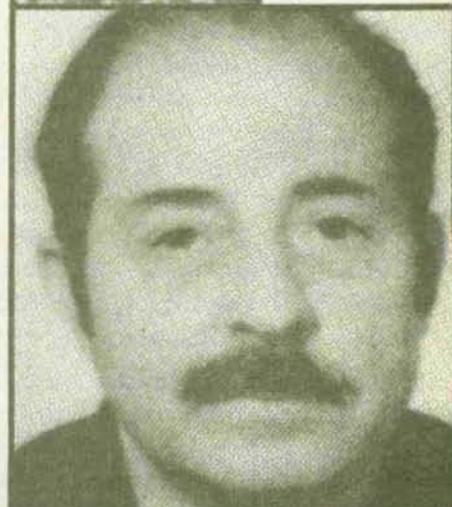
Tras la toma de Siétano (Huesca) en 1936, vemos a Tomás Bargés Piñol. Falleció en el campo de represalias de Rawa-Ruska (Ucrania).



José Miret Musté, consejero de la Generalidad de Cataluña en 1936. Asesinado por los SS en el Kommando de Flörsdorf.



Angelina Bueno Vela, superviviente del campo de Ravensbrück.



Enrique Marco Batlle, superviviente del campo de Flossenbürg.



Visita de Himmler a Mauthausen, en la primavera de 1941. 1) Kaltenbrunner, 2) Ziereis, jefe de los campos de la zona, 3) Himmler, 4) Eigruber, gobernador (gauleiter) de Linz, y 5) Bachmayer, jefe del campo de Mauthausen.

CAMINOS HACIA EL INFIERNO CONCENTRACIONARIO NAZI

Los caminos y las sendas que muchos de nuestros compañeros seguirían para acercarse a lo que para la inmensa mayoría sería el destino definitivo —los campos de la muerte alemanes— tuvieron, para empezar, tres nombres: la Legión Extranjera francesa, los Batallones de Marcha y las Compañías Militarizadas de Trabajo. Los unos —Legión y Batallones: quince mil hombres— eran combatientes, mientras que los otros —unos cincuenta y cinco mil hombres— eran fortificadores. Aproximadamente la cuarta parte de ellos caería en poder del Ejército alemán durante la campaña de Francia (mayo-junio de 1940) (5).

Los itinerarios **utilizados** por los prisioneros de guerra españoles arrancaban de los campos de tránsito y de selección —**Frontstalag**— del norte y del este de Francia —de los cuales muchos de nuestros compatriotas todavía consiguieron escapar—, se interrumpieron

(5) « Republicanos españoles... » (Obra cit.).

durante un tiempo —semanas para unos y meses para otros— en los campos de concentración para prisioneros de guerra —**Stalags**—, instalados en territorio alemán, para terminar (entre agosto de 1940 y mayo de 1941) en los campos de exterminio, entre los que destacaban el de Mauthausen (Austria), Dachau (Alemania) y Auschwitz (Polonia). Al primero de ellos irían a parar las tres cuartas partes de los prisioneros republicanos españoles: algo más de diez mil hombres (6). Más tarde (1941-1944), se abrirían otras sendas: la de los detenidos políticos por actos de Resistencia —política o armada—, por la que pasarían centenares de compatriotas nuestros de ambos sexos. Y la de otros prisioneros de guerra españoles: los caídos en poder de los ejércitos del Eje por tierras de Africa, de Noruega, de Asia Menor, de Italia, de la Unión Soviética. Es decir: en cualquiera de los frentes de veinte países donde los republicanos españoles com-


(6) En los últimos datos publicados, hace apenas unos meses, se da la cifra de 7.290 muertos y de 2.965 supervivientes.

batieron, bajo banderas aliadas, durante la Segunda Guerra mundial.

Otro camino fue el del rapto, en la Península Ibérica, por parte de agentes de la Gestapo, que andaban por estas tierras libremente y actuaban a su antojo, sin rendir cuentas a nadie, y el traslado, generalmente por vía aérea, de los raptados a Alemania. Primero a la tristemente célebre Casa Parda —sede de la Inquisición gestapista— de Munich y más tarde a un campo de exterminio. Como le sucedió al barcelonés González, un ex sargento del Cuerpo de Seguridad, secuestrado a mediados de abril de 1941, en el Hotel Oriente de las barcelonesas Ramblas. A González le obligaron a subir a un coche, a punta de pistola, agentes de la Gestapo, lo trasladaron al aeródromo del Prat y desde allí volaron hasta Munich. En esta ciudad, cuna del nazismo, la Gestapo lo sometería a interrogatorios de un salvajismo inaudito, pero al ver que no obtenían de él la menor información —lo acusaban de ser un agente al servicio de los ingleses— lo condujeron al campo de Dachau. O como a un ciudadano alemán, Otto Ludwig, que ejercía

de joyero en Cartagena. A éste lo embarcaron hacia Alemania en el aeródromo militar de Los Alcázares, en Murcia, yendo a parar también a la tan temida Casa Parda de Munich. Y después al campo de exterminio de Mauthausen, donde empezó un terrible vía crucis que se terminaría en otro campo de la muerte: el de Sachsenhausen-Oranienburg. Ludwig, como comerciante judío, había sido requerido varias veces por la Embajada alemana de Madrid para que contribuyese al esfuerzo de guerra alemán con una especie de donativo-multa (parecido al instaurado durante varios años por los falangistas en nuestra posguerra), pero él se negó a dar una sola peseta a los nazis. Ludwig suponía que su secuestro tuvo como objetivo el amedrentar a todos los comerciantes judíos domiciliados en España. Para que escarmentasen en cabeza ajena y pagasen todas las cantidades que les fuesen exigidas (7).

Don Francisco Largo Caballero, en su largo testimonio, cita otro caso de secuestrado: el de un negociante francés domiciliado en Londres. Había residido en la Argentina y hablaba bien el español. Fue detenido porque, en un



ARTE Y LETRAS

GRAFICO SEMANAL VALENCIANO

TÍTULO DE REDACTOR
a favor de D. *Joaquín García Ribes*
Valencia 22 de *Agosto* de 1924

Firma del interesado: *J. García Ribes*

El Director: *J. M. ...*

El periodista Joaquín García Ribes fue el principal protagonista de una audaz evasión, que le permitió ser el único superviviente español del campo de exterminio polaco de Treblinka.

hotel de Lisboa, se permitió decir, en 1942, que Alemania perdería la guerra. Desde la capital portuguesa, siempre por los aires, el francés metido a futurólogo fue enviado a Munich y tras los interrogatorios «de rigor» fue a parar a un campo de la muerte (8).

PLANIFICACION DEL SUFRIMIENTO Y DE LA MUERTE LENTA

Una simple ojeada al mapa adjunto bastará para comprobar que los nazis habían transformado Alemania y los países ocupados por sus ejércitos en un inmenso campo de concentración. La explotación y la exterminación de los prisioneros —de guerra en unos casos y políticos en otros— corría a cargo de destacamentos especiales —los de la **Calavera Negra**— de las Secciones de Seguridad (S.S.) del Tercer Reich y se centralizaban en veintidós campos principales: **Bergen-Belsen, Buchenwald, Dachau, Esterwegen, Flossenburg, Hinzert, Dora-Mittelbau, Neuengamme, Ravensbrück, Sachsenhausen** (Alemania), **Mauthausen** (Austria), **Terezin** (Checoslovaquia), **Natzweiler-Struthof, Schirmeck** (Francia/Alsacia) y los polacos de: **Auschwitz-Birkenau, Belzec,**

(7) y (8) «Los cerdos...» (Obra cit.).

Chelmno, Gross Rosen, Kobjercyn, Majdanek, Stutthof, Treblinka. En los destacados en negrita (14) hubo prisioneros de nacionalidad española de ambos sexos.

La explotación, la era del exterminio por el trabajo, según palabras del jefe supremo de las S.S., Himmler, fue contratada con los seculares señores de la guerra germanos: los Krupp, los Hugenberg, los Schröder, los Thyssen y otros. Sus secuaces tenían, como los S.S., derecho de vida y muerte sobre los deportados. Valga este ejemplo: por una de las instalaciones de la **I. G. Farben Industrie**, que se incautó prácticamente del campo de Auschwitz (el de los cuatro millones de muertos), en la fábrica **Buna**, donde trabajaban prisioneros del **Komando Birkenau** (hombres y mujeres), se devolvieron las dos terceras partes del cupo laboral, unas veinte mil personas, tachadas de «improductivas», las cuales fueron gaseadas a medida que regresaban al campo de origen.

EXPERIENCIAS PEUSOMEDICAS EN LOS CAMPOS

Todo empezó a principios de 1933, con la creación del Instituto de Investigaciones Biológicas Raciales de Berlin-Dahlem. El 20 de enero de 1942 se celebró en Berlín la llamada «Con-



Aunque pudiera creerse que eran prisioneros de un campo nazi, se trata de ex soldados del ejército republicano español deportados al campo de concentración de Hadjerat-M'Guil, en las profundidades del Sahara argelino.



Mauthausen fue el único campo de exterminio donde se acogió a las fuerzas aliadas con tal efusión...

ferencia de Wannsee», en la que las eminencias médicas del Tercer Reich decretaron «la solución final» del problema judío, lo cual significaba la organización de la matanza de once millones de judíos europeos. Entre los modos de matar escogidos figuraba el del incremento de **todo género** de experiencias médicas. En una carta dirigida a Himmler, en marzo del mismo año, el profesor Victor Brack, padre de la eutanasia, informaba que, con veinte instalaciones apropiadas, se podían castrar, por medio de los rayos Röntgen, unas cuatro mil personas por día. Y por aquellas mismas fechas, firmada por los profesores Reinhard Höhn, Adolf Pokorny, Madaus y Glücks, entre otros, se le proponía la esterilización de todos los súbditos rusos que cayesen en poder de los ejércitos alemanes.

Las primeras castraciones con rayos Röntgen las realizó el doctor Horst Schumann, en el castillo de Grafeneck, «gracias al material humano de Auschwitz». A fines de 1942, el profesor Sigmund Rascher, en el campo de Dachau, llevó a cabo experiencias de refrigeración, sacando a treinta detenidos desnudos a la intemperie, en plena noche, durante doce horas, de forma que la temperatura corporal bajase por debajo de los 30 grados. Luego se les introducía en una bañera de agua caliente. El 90 por 100 moría a las pocas horas de semejante **tratamiento**. En una carta fechada en mayo de 1943, Himmler encargó al profesor Clauberg que se trasladara al campo de Ravensbrück para esterilizar a un millar de mujeres con **sus métodos**: por rayos, mediante una operación quirúrgica y por medicación,

rogándole pronta información sobre los resultados con el fin de organizar la esterilización en gran escala. La desenfrenada locura de las experiencias alcanzó incluso al Vicepresidente de la Cruz Roja alemana, el profesor Ernst Robert Gravit, el cual llegó a pedir a Himmler, el 1 de junio de 1942, que le facilitase «material humano de los campos de concentración para realizar investigaciones sobre el contagio de la ictericia. En el castillo de Hartheim, dependiente del campo de Mauthausen, otra eminencia, el doctor Karl Gebhardt, director de la famosa clínica de la Universidad de Berlín, asistido de la doctora Hertha Oberheuser, administró a las detenidas bacilos de gangrena gaseosa del tétanos y otras bacterias sobre heridas provocadas, que eran tratadas, a título experimental, con «sulfamidas». Clauberg y sus ayudantes perpetrarían, entre el 4 y el 7 de enero de 1945 (apenas a cinco meses del final de la guerra), la esterilización, en el campo de Ravensbrück, de 150 muchachas gitanas, entre las que se encontraban niñas de ocho y nueve años.

Pero la cima de los delirios **científicos** la alcanzó, seguramente, el doctor August Hirt, titular de la Cámara de Anatomía de la Universidad de Estrasburgo, cuando, en carta de 9 de febrero de 1942, pidió a Himmler, el gran abastecedor, que le facilitase cráneos de «comisarios judeo-bolcheviques», que eran necesarios para sus investigaciones, especificándole que se interesaba precisamente por dicha especie de cráneos porque representaban «una raza humana inferior particularmente repugnante...».



Supervivientes españoles del campo de Sachsenhausen-Oranienburg. 1) Bernal García, 2) José Carabasa, 3) Francisco Cuni (falta Francisco Largo Caballero).

CAMPO DE BUCHENWALD

Se construyó en julio de 1937, en las inmediaciones de Weimar, la villa que vio nacer, a la sombra del árbol de Goethe—una encina— las más prestigiosas corrientes del pensamiento humano. En las postrimerías de 1938, a consecuencia del asesinato de Von Rath, consejero de la Embajada de la Alemania en París, cometido por el judío Herschel, los nazis desencadenaron la caza abierta de los judíos alemanes. En Alemania ardieron cientos de sinagogas y las casas de miles de judíos fueron saqueadas, así como los comercios que les pertenecían. Cientos de ellos murieron a manos de los nazis y veinte mil fueron enviados al campo de Buchenwald. Fue la primera expedición masiva ingresada en dicho campo (9). Según el historiador Eugen Kogon, el 12 de abril de 1945, día de la liberación, los supervivientes registrados fueron unos 21.800 repartidos así: franceses, 5.000; polacos, 3.500; alemanes, 2.200; soviéticos, 2.200; checos, 2.000; ucranianos, 2.000; yugoslavos, 600; austriacos, 500; holandeses, 400; italianos, 400; españoles, 200, y unos tres mil más de otras nacionalidades.

Buchewald fue uno de los campos que mayor número de **komandos** tuvo: casi un centenar. El más importante de ellos, el de **Dora-Mittelbau**, sería transformado, a fines de 1943, en campo principal. En sus fábricas sub-

terráneas —a lo largo de diez kilómetros de galerías— es donde se montaban las bombas aladas V-1 y V-2. Un francés, Paul Bolteau, nos ha escrito: «En Dora supe que había españoles, pero no tuve ocasión ni de trabajar ni de convivir con ellos». Entre los supervivientes encontramos a Antonio Berbel Hita, un vasco de Irún; a Emilio Burch Roviralta, un catalán condecorado con la Legión de Honor a título de Resistente-Deportado, y al alicantino de Petrel, Pascual Caslló. Y al escritor Jorge Semprún Maura, detenido en Francia, como sus compañeros, por la Gestapo, con 18 años recién cumplidos, y que ha novelado con pluma maestra su experiencia (10).

ESPAÑOLES ANONIMOS EN LA BASE DE PEENEMÜNDE Y EN LA TRAGEDIA DE NEUSTATD

La base de Peenemünde, a orillas del Báltico, fue donde el científico alemán Von Braun, con su equipo, llevó a cabo las experiencias encaminadas a poner a punto las armas terroríficas de que tanto alardearon —vaticinando, con su posesión, el triunfo final del Tercer Reich— el ministro de Propaganda, Goebbels, y el propio Hitler, en vano intento de reactivar el alicaído ánimo de sus huestes.

El francés Paul Bolteau, nos subraya: «Ibamos un millar de deportados y entre ellos había varios españoles. Siento no poder recordar sus

(9) Esta ola de represión se la conoce por «la noche de cristal».

(10) «El largo viaje». Editorial Seix y Barral. Barcelona, 1976.

nombres o alguno de ellos. De esos mil, unos cuatrocientos fuimos enviados a Peenemünde».

Se conoce por «tragedia de Neustadt» el drama de varios miles de deportados del campo de Neuengamme que, a dos semanas del fin de la guerra, el 27 de abril de 1945, fueron conducidos al puerto de Lübeck y embarcados en cuatro barcos de línea alemanes: el **Thielbeck**, el **Cap Arcone**, el **Deutschland** y el **Athena**.

«Nos embarcaron en el **Thielbeck** —relata un francés que ha preferido guardar el anonimato—, en cuyas bodegas se encontraban ya hacinados cientos de rusos y polacos. Por boca de unos camaradas españoles, entre los cuales recuerdo a Miguel Santos, nos enteramos de que la Cruz Roja Internacional estaba dispuesta a hacerse cargo de los deportados oriundos de los países del oeste de Europa. Nuestros tres amigos españoles (había otros seguramente entre los miles de embarcados) trataron de hacerse pasar por franceses, para ser evacuados y escapar así a la previsible exterminación que nos reservaban los S.S., pero uno de los franceses los denunció y los S.S. les obligaron a bajar del camión de la Cruz Roja».

«El 3 de mayo, nos habíamos hecho a la mar hacía un par de días, oímos motores de avión y poco después éramos bombardeados por la aviación aliada. Nuestro barco empezó a hundirse lentamente. Cerca de mí, un S.S. se pegó un tiro. Las barcas de salvamento fueron ocupadas por los S.S. y cuando un deportado se acercaba a ellas lo rechazaban a culatazos o a tiros. Más lejos, los otros tres paquebotas, también repletos de deportados, estaban ardiendo en medio del mar».

SEMBLANZA DE UN HOMBRE DE ACCION

Vicente Moriones, «El Navarro», fue un español exiliado con una trayectoria de luchador antifascista sin par. Fue detenido cuando formaba parte del equipo fundador (integrado únicamente por libertarios españoles) de la red de evasión aliada **Pat O'Leary** (11), cuyo último eslabón (fijado en Toulouse, pero con ramificaciones en todo el territorio español) lo dirigía un maestro oscense, Francisco Ponzán Vidal. Moriones sería víctima de las más refinadas torturas, tanto por parte de la policía francesa de Vichy como de la Gestapo. A los pocos meses de haber regresado del campo de

(11) «Republicanos españoles» (Obra cit.) y «Tiempo de Historia», n.º 24. Madrid, 1976.

Buchenwald, y apenas repuesta su salud, hizo varios viajes clandestinos a España, instalándose poco después en el País Vasco, donde falleció al *comienzo de la década* de los años 70. En 1973, en Bilbao, San Sebastián y en Logroño, de la mano de un viejo luchador cenetista, el compañero Serna, tuvo ocasión de cambiar impresiones con gente joven de aquellas regiones y pude comprobar la gran labor desarrollada por Vicente Moriones. Todos lo consideraban como un maestro en esa difícil y delicada asignatura que son las Humanidades.

LA COLABORACION ENTRE LA ALEMANIA PAGANA NAZI Y LA ESPAÑA CATOLICA

Refiriéndose a la visita del jefe de la Gestapo, Himmler, a Madrid, en 1940, los comentaristas suelen afirmar que el alto jerarca nazi vino

1937
ZAPOROSZCZANIE W UKRAINE
RUSIAN
26430
RUSIAN
17546
POLISH
5964
GERMAN
4371
FRENCH
3784
CZECHOSLOVAK
CZECHOSLOVAK
3413
ITALIAN
3132
JEWISH
2480
LITHUANIAN
2140
YUGOSLAV
1693
BELGIAN
1162
DUTCH
672
HUNGARIAN
450
GREEK
20
DANISH
14
NORWEGIAN
14
SPANISH
9
AMERICAN
2
72207

Columna conmemorativa en el campo de Flossenbürg con el número de españoles muertos en él.

a España a trazar las líneas maestras de la organización de la policía española. Pues bien, a la vista de las semejanzas de sus respectivas actuaciones —entre nazis y franquistas—, pero ateniéndonos sobre todo al orden cronológico de los hechos, uno más bien se sentiría inclinado a opinar lo contrario: que Himmler vino a España a aprender (12).

Es testimonio de Antonio García García, capitán de la Guardia Civil, que tuvo el triste privilegio de transitar por los peores campos alemanes (Dachau, komandos de Friedrischshafen y Klein-Boduque, Bergen-Belsen), nos aporta esta prueba de la colaboración nazi-franquista: «De allí salí contratado para trabajar en París, donde la Gestapo me detuvo el 24 de febrero de 1941. Tras el primer interrogatorio, en la sede de las S.S. y cuando me trasladaban a «La Santé» —la prisión de París—, uno de los oficiales alemanes me dijo que había sido detenido a instancias del embajador de Franco en Francia, José Félix de Lequerica, y que probablemente me enviarían a España. Al conocer la identidad de otros detenidos españoles no nos costó mucho reconstruir la relación de los reclamados por los franquistas. Lo que no sabría decir es por qué

(12) V. Apéndices de «Los cerdos del comandante» (Obra cit.).

unos fueron devueltos a España, y fusilados casi todos, y otros fuimos a dar con nuestros huesos a los campos de Alemania».

Y el otro botón de muestra nos lo ofrece Enrique Marco Batlle, el cual, tras pasar por las manos de la policía francesa y la Gestapo, y conocer varias cárceles alemanas y campos de concentración, fue liberado cuando se encontraba incomunicado hacía varios meses en el penal de Kiel. «Cuando creía que no me iban a molestar más, un día vino la Gestapo y me llevaron al presidio de Kiel, y allí comenzó otra vez el jaleo. Yo creí, te lo digo sinceramente, que había llegado mi última hora. Estuve ocho meses completamente incomunicado y aprendí alemán gracias a la luz —cuyo chorro no cesaba en las 24 horas del día— y a una Biblia protestante bilingüe: en latín y en alemán. En Kiel fue donde nos enteramos de que los franquistas habían prestado a los nazis unos grupos de falangistas y de requetés que se dejaban internar en campos y prisiones para actuar como confidentes. En uno de los primeros interrogatorios que me hizo la Gestapo en Kiel aparecieron dos españoles de aquellos, que me acusaron sin rodeos de ninguna especie de ser uno de los animadores de la organización de la Resistencia del campo anexo de Neuengamme. Eran un catalán y un vallisole-



Grupo de supervivientes españoles, fotografiados por Paco Boix, a las pocas horas de ser liberado el campo de Mauthausen. Pese a la rapidez con que fueron atendidos y evacuados hacia centros de recuperación, no sobrevivió ninguno.

tano. El primero se llamaba —y se llama, porque todavía vive— Jaume Poch, y era del pueblo leridano de Ponts. Y el otro: José Rebollo, y era de Valladolid. Requeté aquél y falangista éste. Por eso fui condenado por un Tribunal Militar acusado de «conspiración» contra el Tercer Reich» (13).

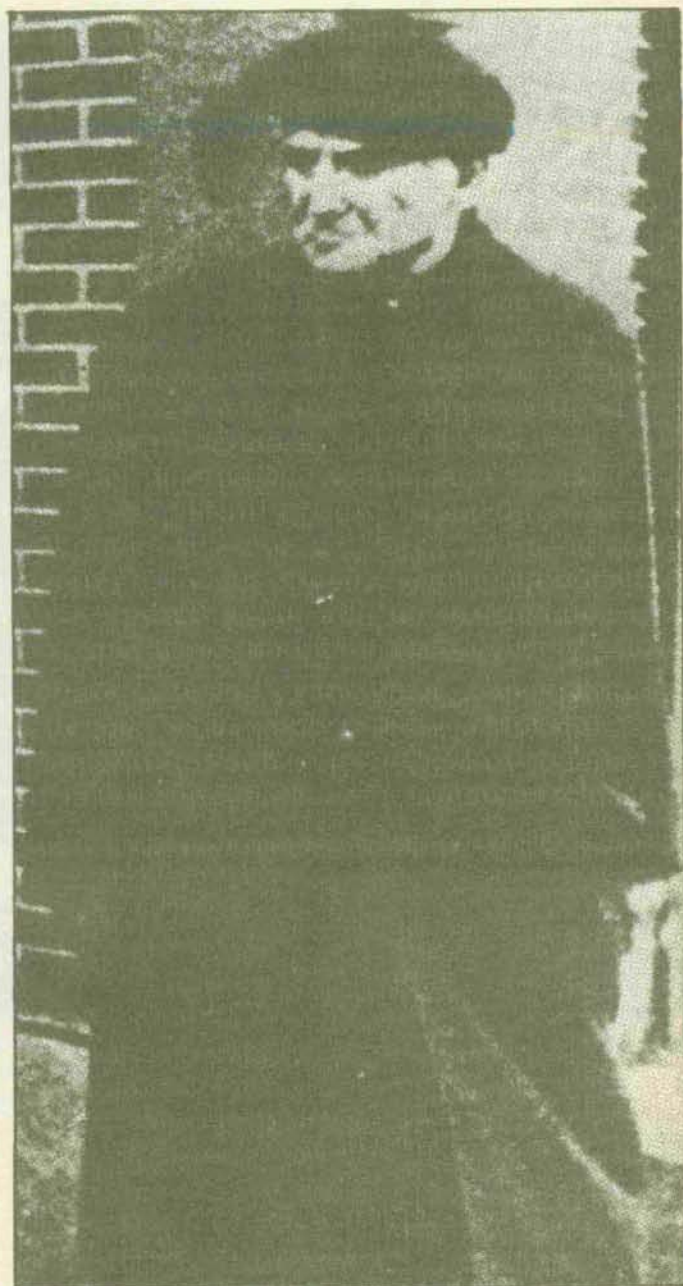
Y ya hemos visto, en un capítulo anterior, otra cara de esa colusión nazi-franquista en los secuestros realizados por los agentes de la Gestapo en la Península Ibérica.

CAMPO DE RAVENSBRÜCK

Por sus instalaciones concentracionarias, inauguradas en mayo de 1939, pasarían unas 150.000 mujeres de veintitrés nacionalidades. El paraje era tan desolador que ni los bosques circundantes conseguían atenuar la deprimente atmósfera reinante de alambradas hacia adentro.

Este campo fue escenario de las más abyectas experiencias pseudomédicas. A él fueron a parar la mayoría de las detenidas encinta y los médicos hacían abortar a todas aquellas cuyo embarazo sobrepasaba los ocho meses. En estos monstruosos menesteres se destacaría el doctor Treite, cuya **especialidad** era la de asistir al parto para, acto seguido, estrangular o ahogar al recién nacido —e incluso matarlo, lanzándolo contra la pared—, en presencia de la madre, para **estudiar** sus reacciones psicológicas y sus secuelas posteriores. Entre 1943 y 1945 nacieron en Ravensbrück 863 niños que murieron casi todos de hambre y de frío. Sólo unos pocos, gracias al derroche de valor y de imaginación de las residentas del campo, lograron salvarse. Y no sólo de una muerte inmediata, al nacer, sino también de servir de cobayas en muchas otras técnicas de exterminación, tras las cuales, de no morir, quedaban mutilados o tarados para el resto de su vida.

La exterminación alcanzó a unas 92.000 mujeres, entre ellas un número indeterminado de detenidas políticas españolas capturadas por la Gestapo en Francia. La polaca-española Estucha Zilberberg, que formó parte, en la guerra de España, del Cuerpo de Sanidad Militar de las Brigadas Internacionales, nos recuerda los nombres de algunas de las que sobrevivieron: Carlota García «Charlie», Alfonsina Bueno Vela, Lise Ricol, Nieves Castro, Lola Castellano, Nicolasa García, Neus Català, Aurora Díez Monge, Montserrat, «La Parisina», **Nieves Roger, Juanita, Angelines Martínez,**



Francisco Largo Caballero (Moscú, junio 1945) a las pocas semanas de su liberación.

Mercedes Núñez «Paquita Colomer», Herminia, Feliciano, Dolores, Carmen, Alfonsina, María Yena. Dos de ellas (Carlota y Alfonsina) se reunirían, en las prostrimerías de la guerra, con sus maridos en el campo de Mauthausen.

Estucha Zilberberg nos habla de la vasca Carlota García: «Charlie» formaba parte del Colectivo Internacional clandestino y asumió siempre un papel destacado en la elaboración de los planes de trabajo (solidaridad y resistencia) del C. I. para hacer frente a los S.S. y a las criminales jefas de barraca que teníamos en Ravensbrück. Carlota era una mujer fuera de serie, cuyo comportamiento le granjeó la admiración y la simpatía de cuantas la conocieron y trataron, fueran españolas o no. «Charlie» era para todas nosotras como un inextinguible rayo de sol; como una madre

(13) Actual Secretario General del Comité Nacional de la Confederación Nacional del Trabajo de España.



Deportadas españolas de Ravensbrück. Fotografiadas a los dos años de haber salido de los campo de exterminio (París, mayo de 1947).
Arrodilladas: Angelines Martínez, XX y Carlota García de Olaso.

que velaba por sus pequeñuelos día y noche. Y era de nuestra misma edad, no creas. Ello no le impedía ser coqueta, incluso en Ravensbrück. Era la primera en abandonar la litera, de madrugada aún, y en acudir a «la sala de aseo»: unos grifos de agua fría a la intemperie. Allí se despojaba de todos sus andrajos (con los que dormíamos para no morir de frío) y se lavaba todo el cuerpo y luego peinaba sus hermosos cabellos tirándolos hacia atrás. Así daba el ejemplo, para que no nos dejásemos ganar por la suciedad, que era el primer síntoma de debilidad y de abatimiento, o sea: el primer paso hacia la fatal resignación y el hundimiento moral. De tal forma nos inculcaba aquella saludable coquetería, que podía conducirnos hasta el robo de un mantel, como me ocurrió a mí en uno de los grupos de trabajo. Con él, tras recortarlo en diciséis pedazos, nos confeccionamos pañuelos. Era culta y modesta a la vez. Hablaba francés, alemán y ruso. En París trabajó con el Agregado Cultural de la Embajada de Chile, que no era otro que el poeta Pablo Neruda».

Angelines Martínez nos habla de la asturiana Leonor Rubiano: «Conocí a Leonor en el otoño

de 1938, en París, cuando nos manifestábamos contra los Acuerdos de Munich. En septiembre de 1941 caímos en poder de la Gestapo y de la fortaleza parisina del *Est* fuimos enviadas, en la primavera de 1942, a la prisión alemana de Prüm. Y, más tarde, como represalia por haber festejado la fiesta nacional de Francia, el 14 de julio, a Leonor y a mí nos encerraron en la fortaleza de Breslau. Hasta que, en septiembre de 1942, ingresamos en el campo de Ravensbrück. A través de tantas vicisitudes (lucha política, actividad sindical, interrogatorios, cárceles y el campo de exterminio) puede comprobar la incomparable fortaleza moral de Leonor. Pero su fuerza física era mucho más endeble. Un día fuimos separadas y a ella la destinaron a un taller anexo donde se confeccionaban prendas militares, bajo la vigilancia de un oficial S.S., un asesino sádico que mató a varias mujeres golpeándolas con unas planchas metálicas usadas allí. Eleanor, en defensa de sus compañeras, sufrió allí lo indecible y esto, añadido a la tristeza de nuestra separación, pues no pudimos vernos ni una sola vez. Fue apaleada y torturada. Hambrienta y destrozada, física y moralmente,

cayó enferma en diciembre de 1944 y murió en febrero de 1945, cuando ya apercibíamos cercana la libertad, sin que lográsemos arrancarla de las garras de los S. S. Así desapareció aquella joven y valerosa muchacha. Fue una gran figura de la Resistencia francesa, una auténtica heroína española, que supo honrar las ideas que defendió y el país que la vio nacer.»

ESPAÑOLES EN EL «TREN DE LA MUERTE»

Al producirse el desembarco de las fuerzas aliadas en las playas de Normandía (6 de junio de 1944), los servicios policíacos del Tercer Reich en Francia deciden evacuar de Francia a los detenidos políticos. Sin contar los de las prisiones (francesas y alemanas), había prisioneros en los llamados «campos de internamiento administrativo» de: **Compiègne**, Chateaubriant, **Drancy**, **Beaune-la-Rolante**, **Romainville**, **Agde**, **Argèles**, Aincourt, Fort-Barrault, **Gurs**, Hauts-Clos-Troyes, Lalande-Poitiers, **Mérinac**, Montceau-les-Mines, **Noé**, Pithiviers, Port-Louis, Rouille, **Rieucros**, Saint-Paul-d'Eyjeaux, **Saint-Sulpice-la-Pointe**, Thill, **Vernet d'Ariège**, Voves, Woippy y **Les Tourelles/Paris**. En los subrayados hubo detenidos de nacionalidad española.

En el campo de Compiègne se forma el convoy núm. 7909 del 2 de julio de 1944, en el que se amontonan, a razón de más de cien hombres por vagón de carga, 2.166 prisioneros. Entre ellos se encontraban 65 compatriotas nuestros. Su destino: el campo de exterminio de Dachau, via Strasbourg-Stuttgart. Unos 900 kilómetros de recorrido, en los que el tren invertiría unas 80 horas: salió de Compiègne el 2 de julio, a las 9 horas 15 minutos, y llegó a Dachau el 5 de julio, a las 16 horas 30 minutos. A un promedio de algo más de once kilómetros por hora. De los 2.166 expedicionarios sólo llegaron con vida a Dachau 1.630. Hubo, por tanto, un 24 por 100 de bajas. De los 65 españoles sólo 40 alcanzaron Dachau. Bajas españolas: el 38 por 100. La temperatura media que tuvieron que soportar durante el viaje fue de 34 grados. Supervivieron: Alemanes (1), americanos (2), ingleses (2), austriacos (3), belgas (7), españoles (40), franceses (1.511), griegos (3), holandeses (1), húngaros (2), italianos (16), polacos (24), rumanos (1), rusos (5), suizos (7), turcos (1) y yugoslavos (4). El convoy estaba formado por unas cuarenta unidades, de las cuales veintidós vagones de carga estaban destinados a los prisioneros. En cinco de ellos la mortandad sobrepasó el 50 por 100 del personal cautivo: 76, 75, 75, 64 y el «vagón metálico», el único superviviente, entre varios de



Ziereis, comandante en jefe del campo de Mauthausen, mortalmente herido, en mayo de 1945, en presencia de varios ex deportados. Al fondo, el catalán Paco Boix, y, a la derecha, el polaco que descubrió y denunció al comandante.



Pons Prades junto al monumento dedicado a «los españoles muertos por la libertad» en Annecy (Altos Alpes franceses). Obra de Baltasar Lobo.

nuestros compatriotas encajonados con él, fue el español Angel González, que cumplió los 18 años durante el viaje. Y que llegó a Dachau en compañía de 97 cadáveres y dos moribundos.

Angel González vería enloquecer a varios de sus compañeros en una breve parada, en la estación de Fismes, cuando llevaban tan sólo unas horas de viaje. Y pese a sus denodados esfuerzos no podrá impedir que salgan a relucir navajas, tenedores y cucharas afiladas, ni que la sangre salpique la madera del vagón. Un padre y su hijo se arrinconan a su lado y de pronto el primero se sujeta el vientre y muere en el acto, en medio de estremecedores estertores. Alguien, en la oscuridad, lo ha destripado de un tremendo cuchillazo. El hijo, al desabrocharle el pantalón, hace desbordar por la ancha herida las entrañas del padre. Entonces, preso de súbita locura, el muchacho se pone a dar zarpazos en la herida, coge aquella riestra de intestinos con las manos y se la coloca alrededor del cuello, en guisa de collar. González pensó morir en aquel instante. Pero sólo se había desmayado a consecuencia de un botellazo en la cabeza. La explicación posiblemente es ésta: que en algunos vagones abundaba la morralla, frente a una minoría civilizada de personas idealistas. Su presencia entre los resistentes no era casual. Embarcándolos con los resistentes, los alemanes perseguían un doble objetivo: en primer lugar, hacer aún más penosas las condiciones materiales del viaje... y, al tiempo, conseguir las má-

ximas cotas de desmoralización posibles. Así, al ingresar en el campo de exterminio, muchos deportados políticos ya estaban más cerca de la muerte que de la vida.

Al llegar a la estación de Munich del vagón metálico (14) cayeron al exterior, tres espectros —los únicos supervivientes de los cien encajonados en él a la salida—, con un leve soplo de vida. Un viejo sacerdote, el reverendo padre Goutaudier, se acercó a unos de ellos, al español Andrés González, y ayudándole a levantarse, le dijo: «Anda, vamos, haz un pequeño esfuerzo. Que yo te ayudo». «¡Los otros, padre! En el vagón hay dos que todavía viven». «Ya los he visto, hijo mío. Están muertos». Pero González, como exhalando un último deseo, insistió: «Pero, padre, si estaban vivos cuando ha abierto el vagón». «Sí, hijo, estaban vivos, pero ahora están muertos. Anda, ven, hijo mío, vámonos de aquí».

CAMPO DE MAUTHAUSEN

Sólo hubo un campo principal en territorio austriaco: el de Mauthausen, uno de los peores del sistema concentracionario nazi, junto con los de Auschwitz y Treblinka (Polonia) y los de Ravensbrück y Buchenwald (Alemania), de la categoría III, y en el que fueron internados,

(14) En cada convoy de deportados enganchaban siempre un vagón metálico para los considerados como «peligrosos» o «irreductibles».

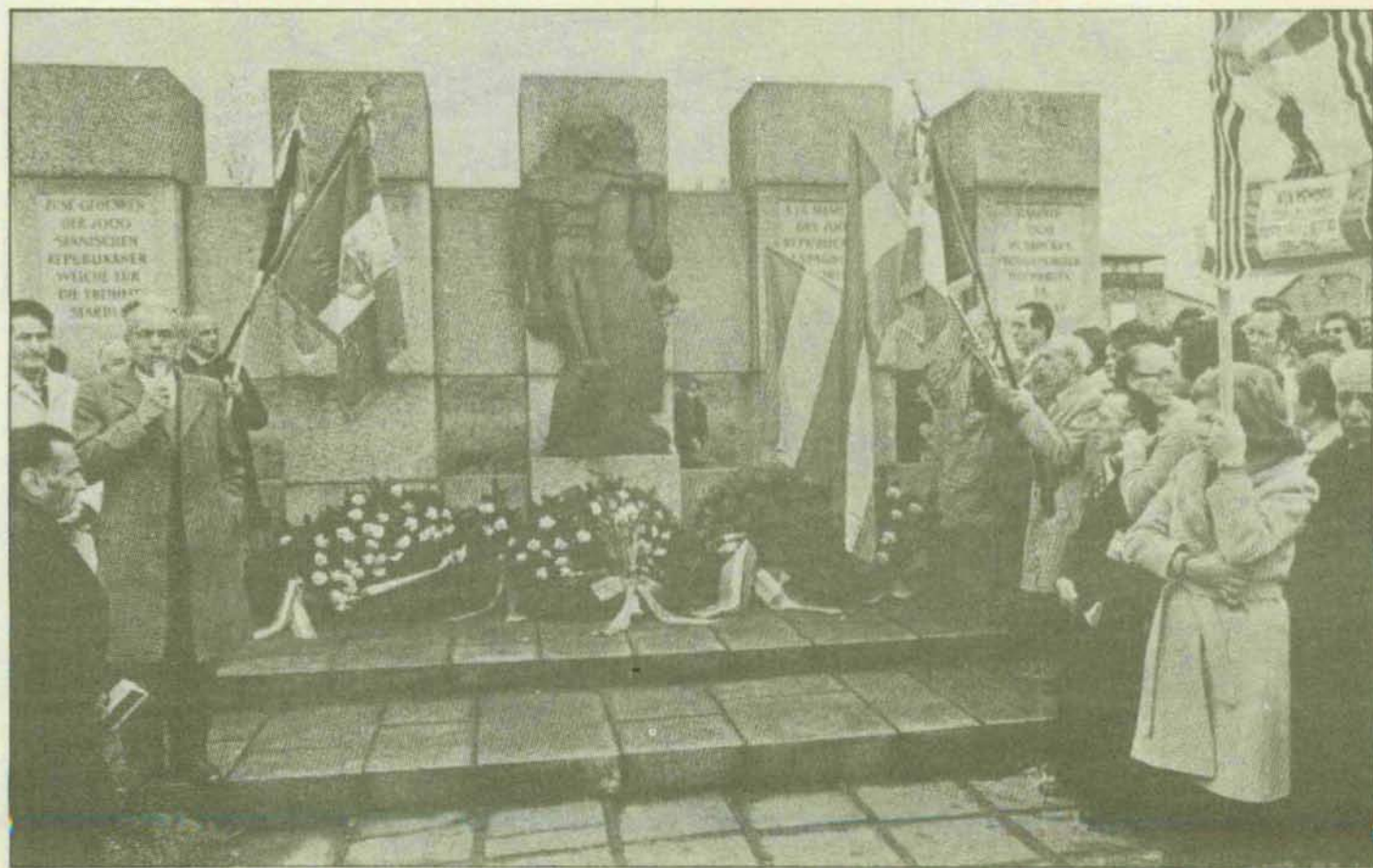
entre 1940 y 1945, la inmensa mayoría de los deportados españoles. El noventa por ciento de ellos, de los 10/12.000 ingresados en este campo, eran prisioneros de guerra. Algunos de ellos —legados a Mauthausen en agosto de 1940 y liberados en mayo de 1945— permanecieron allí a la raya de cinco años. Esto —su veteranía— explica, quizá, el que la comunidad española del campo austriaco fuese la única en crear un organismo de solidaridad de la que luego se beneficiarían incluso los no españoles y de la cual, más tarde, nació la Resistencia, también extendida después a otras nacionalidades. Todo ello desembocaría, en el último invierno de cautiverio (1944-45), en la creación de un Aparato Militar Internacional, gracias a lo cual los S. S. no se atrevieron a perpetrar su última fechoría: la prevista exterminación masiva de los prisioneros (15).

La razón de ser de los campos de la categoría III la sintetizó, en Frankfort del Meno, el 3 de mayo de 1938, el mariscal Goering: «Camaradas alemanes, tened bien presente que mis decisiones no deben ser nunca entorpecidas y que a mí no me preocupa para nada la justicia,

(15) *Recuérdese que la consigna dada por Himmler era la de que «las fuerzas enemigas no encontrasen un solo deportado con vida».*

ya que mi única misión es la de destruir y exterminar y nada más». Uno de los lugares de más trágica recuerdo es la cantera de granito de Steinbruch-Wienergraben, una de las más eficaces trituradoras de prisioneros del Tercer Reich, que estaba situada entre el campo y el pueblo de Mauthausen. Su escalera de 186 peldaños fue contruida en el invierno 1940-41 por los españoles. Y se recuerda que cada peldaño costó la vida de diez compatriotas nuestros. Fue la primera prueba de un tremendo martirologio que duraría hasta mediados de 1942. Los habitantes de aquella región, conocida como la Siberia austriaca, la llamaban «Totenberg» (Montaña de la muerte).

En este campo, como en todos los campos nazis, los españoles recibieron un calor humano de inestimable valor y toda la ayuda material posible de los antiguos miembros de las Brigadas Internacionales. Relatar todas y cada una de las acciones realizadas en semejantes ergástulas nos llevaría muy lejos. Tamañas hazañas merecen un libro, que posiblemente no tardará en escribirse. Como no debe retrasarse, tampoco, el homenaje popular que los españoles debemos a los hombres y mujeres, de cincuenta y tantos países, que lo abandonaron todo para venir a luchar a nuestro lado y morir por las tierras de España.



Alocución de Joan Pagès, ante el monumento dedicado a los 7.000 republicanos españoles muertos por la libertad.

† EL SEÑOR DON AGUSTIN CAMESELLE FERNANDEZ

TENIENTE DE LA GUARDIA DE ASALTO

Muerto el 1 de noviembre de 1941 en el campo de concentración nazi de Mauthausen

En Mauthausen, sobre el Danubio, tus últimos pensamientos fueron para nosotros; ahora, después de tanto tiempo recordamos tu ejemplo y el de tus compañeros para que nunca seas olvidados.

Vuestro heroísmo, vuestra fidelidad a unos ideales, vuestra solidaridad y dignidad humana, continúan siendo valores irrenunciables.
VIGO, NOVIEMBRE DE 1977

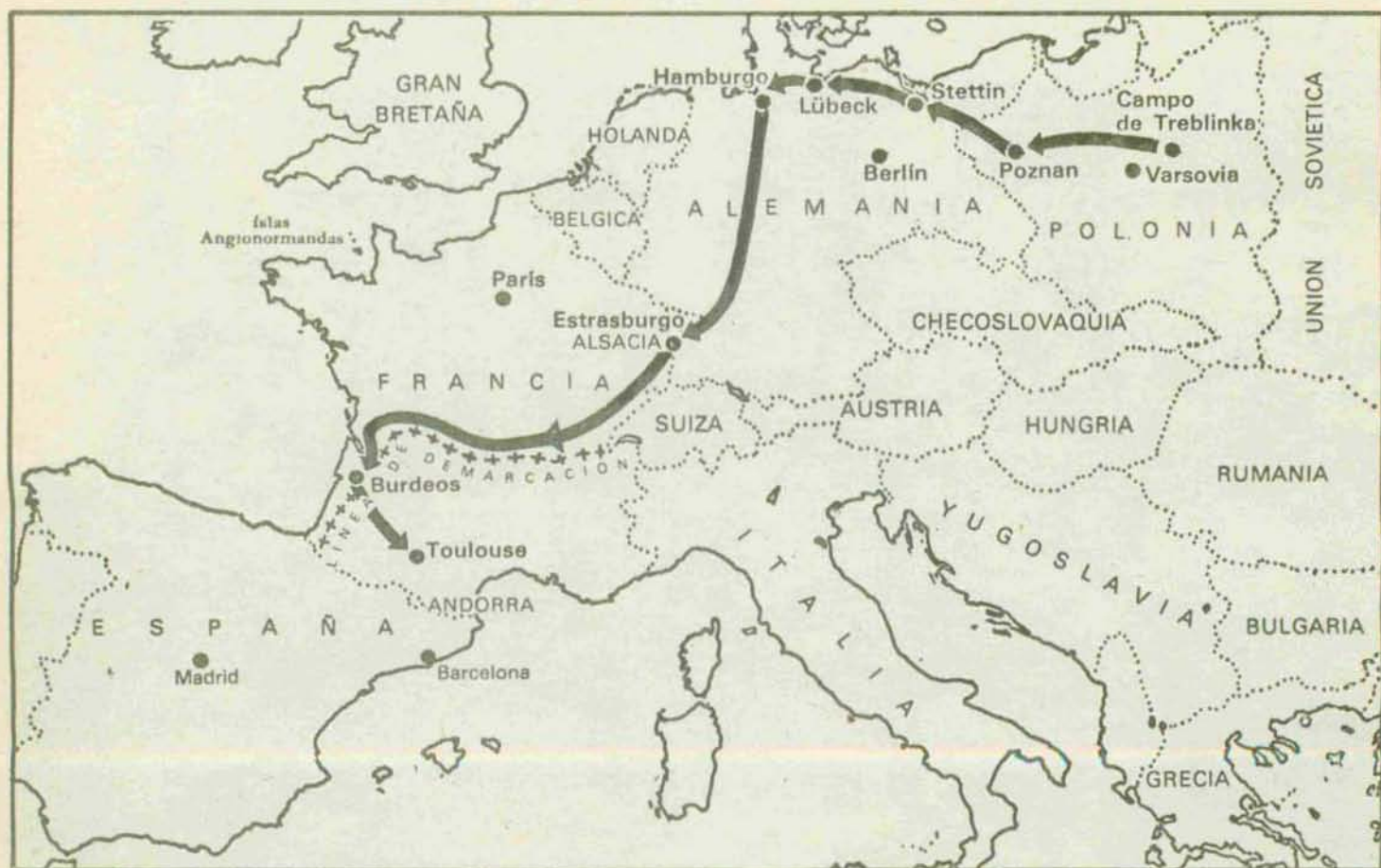
La ley del silencio en la España franquista, sobre los campos de la muerte nazis, no permitió la publicación de esta esquila hasta 1977.

Todo cuanto realizaron los españoles en Mauthausen de notable no puede contenerse en un trabajo como éste, pero debemos señalar que nuestros compatriotas consiguieron infiltrarse en todos los servicios interiores del campo —incluso en el laboratorio fotográfico de los S. S.—, para lo cual tuvieron que desalojar de ellos, y no siempre con buenos modales, a los delincuentes comunes alemanes —culpables de delitos de sangre casi siempre—, así como aprender a *manejar* a los S. S. Porque fueron legión quienes tuvieron iniciativas felices, para aliviar el martirio de unos y otros, aquí no citaremos a ninguno de ellos. Sólo señalaremos que poseemos numerosos testimonios de deportados extranjeros (franceses y soviéticos, en particular), en los que, cuando se habla de los deportados españoles, brotan siempre los calificativos: «sus compatriotas eran valientes, solidarios y generosos, pese a lo

mucho que habían sufrido, pues no debemos olvidar que su lucha antifascista comenzó en 1936.

CAMPOS POLACOS DE AUSCHWITZ, DE STUTTHOF Y DE TREBLINKA

De estos campos —y del de represalias en Rawa-Ruska, en Ucrania— sólo conocemos dos supervivientes: el doctor Julio de Aguila, un andaluz, y el periodista valenciano Joaquín García Ribes. Ambos se personifican por una *inclinación* común, que es, en suma, el primer deber de un prisionero: tratar de recobrar la libertad cuanto antes. El doctor Del Aguila, desde el campo de Stutthof, fue enviado al *komando* de Gotenhafen, cercano, por cierto, a la base de investigaciones de Peenemünde. Allí organizó su evasión, por mar, hacia Suecia, pero fracasó, y, tras pasar por la sede de la Gestapo en Dantzing, sería internado en el campo ucraniano de Rawa-Ruska, que osten-



Itinerario de la evasión de Joaquín García Ribes, con un recorrido de cerca de 2.300 kilómetros.

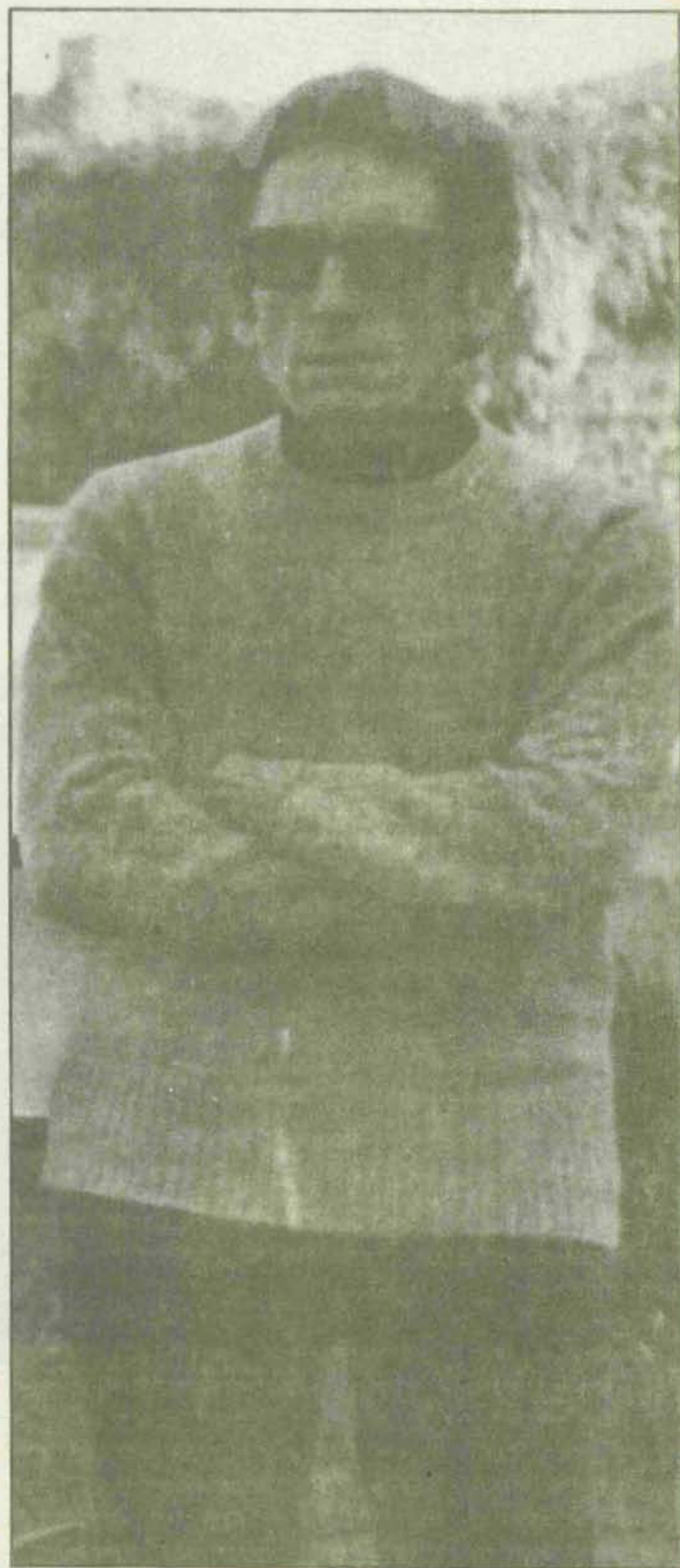
taba el número 325 de los campos nazis y al que Churchill, en uno de sus discursos radiados por la B. B. C., llamó «el campo de la gota de agua y de la muerte lenta» (16). Al acercarse los ejércitos soviéticos, el doctor Del Aguila fue trasladado al campo de Sachsenhausen, donde uno de los españoles, el cocinero José Carabasa, lo recuerda como un hombre alegre, pese a sus 65 años, capaz de llevar la moral al más desfondado: a sus paisanos, cantándoles flamenco y a los catalanes..., nos entonaba *La Santa Espina*. «Tenía una moral de acero», nos subraya Carabasa.

El valenciano García Ribes, junto con otro español internado en Treblinka, protagonizaría una evasión de cerca de 2.300 kilómetros, desde el más siniestro de los campos nazis —cuyos jefes poseían harenes personales de niños de 8 a 12 años y donde se practicó la antropofagia—, situado más allá de Varsovia, hasta las cercanías de la vila francesa de Toulouse. Algo más de dos meses de marcha, durante la cual perdió a su compañero «El Maño». A pie la mayor parte de las etapas, y en tren otras, gracias a su conocimiento del alemán, aprendido en los años 1927 y 1928, cuando, para realizar unos reportajes por Alemania, se hizo representante de los exportadores de agrios de la región levantina. Con todo, el trayecto polaco Treblinka-Poznan —algo más de 500 kilómetros— recorrido enteramente a pie, estuvo erizado de peligros. «Durante nuestro *paseo* nocturno por tierras polacas lo peor no eran las patrullas enemigas o los campesinos, sino los perros errantes y famélicos. Piénsese que todos los pueblos y aldeas polacas estaban evacuados o arrasados y aquellos perros se te echaban encima peor que lobos acosados por el hambre. De no haber sido por «El Maño», que estraguló a unos cuantos, yo no hubiese salido con vida de Polonia. Calcúlese también las dificultades con las que tropezamos para procurarnos algo de comida con todos los campos cubiertos de nieve. Aquellas marchas de noche fueron algo dantesco, y los días, que nos veíamos obligados a pasar escondidos (en espera de que llegase la noche), eran torturadores a más no poder, a causa del frío, y de la inmovilidad en que debíamos permanecer». (17).

(16) *La tortura de la gota de agua es, al parecer, de origen oriental. Consiste en colocar al prisionero debajo de un grifo (o recipiente) por el que el agua mana gota a gota. Las gotas caen en el centro del hueso craneal, que van taladrando paulatinamente. Poco a poco el líquido invade las partes vitales de la cabeza y provoca la muerte.*

(17) *Tres españoles del Komando César (Mauthausen), Agustín Santos, Juan Adelantado y Francisco López Bermúdez, se evadieron y, después de recorrer más de 350 kms., fueron capturados cuando estaban tan solo a unos 30 kms. de la frontera suíza.*

Y, como conclusión, citaremos las palabras con que cierra su testimonio el propio García Ribes: «Y que quede bien claro que todas estas barbaridadés, que tantas noches de insomnio nos ha costado tener que recordar, se relatan no solamente para que no vuelvan a ocurrir bajo cielo alguno, sino, y *sobre todo*, para afirmar que, antes, se debe poner los medios que sean necesarios para que no ocurran...» E. P. P.



Eduardo Pons Prades, abriendo caminos por la España oculta y maldita de los «hombres de la Sierra».